

Los últimos días de Sartre

Pocos días después de la Semana Santa de 1979, los parroquianos del barrio Montparnasse pudieron observar en el interior de *La Coupole* o en la terraza del café *Dôme*, a un hombrecito ciego, tembleque, mal afeitado y casi decrepito, blandiendo con dificultad su vendada mano izquierda. Quienes podían reconocerlo quedaban asombrados. Se trataba de Jean-Paul Sartre, la más alta expresión de la inteligencia y el pensamiento del siglo XX, que venía de ser el protagonista de un caso de baranda policial. Un poeta loco, Gérard de Clèves, a quien Sartre ayudaba de vez en cuando con algún dinero, en una de las salidas que se le permitieron de la clínica psiquiátrica resolvió acosar a su benefactor. Sartre le dio dinero durante varios días hasta que se hartó y le advirtió que no lo recibiría más. Pero el hombre volvió furibundo, y mientras discutían por encima de la cadena de seguridad de la puerta —que Sartre había mantenido puesta para que no se entrara—, el enajenado sacó un cuchillo e hirió la mano izquierda del anciano escritor. Luego comenzó a golpear con violencia el portón que Sartre y su hija adoptiva, Arlette Elkaïm, lograron cerrar desesperadamente. El forcejeo fue tal que la puerta, aunque blindada, estuvo a punto de derrumbarse. Arlette llamó a la policía. Los gendarmes, sin embargo, se vieron a gatas para detener

al hombre por entre los pasillos del edificio. La mano de Sartre comenzó a sangrar profusamente, y fue necesario curarla y vendarla. Esto ocurría un año antes de su muerte.

El asedio de las miradas turbias

Los últimos doce meses en la vida del filósofo no debieron ser muy alentadores en lo que se refiere a la comprensión de sus amigos más íntimos. Hay que pensar en lo que debió haber sufrido ese viejo ciego y tierno, libre y terco y por añadidura terriblemente orgulloso, pese a la capacidad crítica que tenía de autocuestionarse, de reconocer sus propios errores y de corregirlos con resignación. Porque el orgullo —no soberbia— que lo acompañó siempre, fue un orgullo inteligente y racional. Pero este anciano tembloroso y tímido comenzó a sentirse asediado por las miradas turbias de sus más próximos (cuánta razón tuvo en sus observaciones sobre la mirada de los otros cuando, pensando en esa mirada, escribió la frase *el infierno son los otros*), a verse regañado, a sufrir incluso de parte de sus más queridos, viejos y leales compinches como Pouillon, Simone de Beauvoir, Bost, Lanzmann y otros, el rigor de la censura a su pensamiento y la asechanza final a la publicación de sus ideas, como ocurrió con el último reportaje que concediera a Pierre Victor para el semanario *Le Nouvel Observateur* unas semanas antes de su muerte. Ejemplo de esa incompreensión cruel y desmesurada es la siguiente declaración de Jean Pouillon, su gran amigo, a Annie Cohen-Solal: “Para mí era angustioso, cuando comíamos juntos, ver cómo se le caía la comida de su tenedor sobre las piernas, lo que exasperaba al Castor (Simone de Beauvoir) y enseguida, darme cuenta de la dificultad con que él seguía una conversación normal; se demoraba un cuarto de hora para respondernos alguna cosa pertinente. Bost, Lanzmann o yo mismo hubiésemos podido prestarle la ayuda que le prestaba Victor (su secretario durante los últimos siete años) pero nosotros no teníamos tiempo”.

Con razón Françoise Sagan en su último libro, *Con mi mejor recuerdo*, al explicar su emotivo homenaje “Carta de amor a Jean-Paul Sartre” —escrita precisamente el día en que Sartre celebraba su último cumpleaños, el 21 de junio de 1979—, expresa indignada: “Debo confesar que, contrariamente a lo que relatan sus allegados, a los recuerdos que tienen de sus últimos meses, nunca me sentí horrorizada ni molesta por su manera de comer. Por supuesto que todo zigzagueaba un poco en su tenedor,

pero era a raíz de su ceguera, no por chochez. Me da mucha rabia con los que se han quejado en artículos o libros, afligidos o despectivos, de esas comidas. Hubieran debido cerrar los ojos, si eran tan delicados, y escucharlo. Escuchar esa voz alegre, valiente y viril, oír la libertad con que hablaba”.

Las mujeres son menos cómicas que los hombres

El 4 de febrero de 1980, Sartre se hace un chequeo médico en el hospital Broussais de París. Se le encontró aparentemente normal. Los médicos no sabían, ni pudieron intuirlo, que habiendo dejado el cigarrillo, continuaba bebiendo en abundancia y tratando más que nunca a sus amores *contingentes*. Hasta el final de su vida, estuvo rodeado de mujeres, fue un mujeriego irredento. Muchas de esas mujeres han dado y seguirán dando sus testimonios. Por una de ellas, precisamente, nos enteramos que un domingo por la mañana, comenzando el mes de marzo de 1980, es decir, a escasos treinta días de su muerte, fue encontrado tirado sobre la alfombra de su habitación con una terrible resaca.¹ “Supimos –dice Simone de Beauvoir– que se hacía traer botellas de whisky y de vodka por sus amigas, ignorantes del peligro. Las ocultaba en un cofre o detrás de los libros. Aquel sábado por la noche –la única noche que pasaba solo, cuando Wanda se marchó– se había emborrachado.² Arlette y yo vaciamos los escondrijos; llamé a las amigas a decirles que no trajeran más alcohol e hice a Sartre vivos reproches”.³

-
- 1 Fueron muchas las personas que lo hicieron, particularmente mujeres a las que Simone de Beauvoir no perdonó jamás. *Me gustaba llevarle whisky a escondidas*, confesó francamente Françoise Sagan en 1984.
 - 2 Dada la comprensible parcialidad que es posible observar en los relatos de Simone de Beauvoir, uno termina por perdonarle sugerencias como esta de que siempre se preocupó porque Sartre en ningún momento estuviera solo durante los últimos meses de su vida. Sin embargo, veamos lo que dice nuevamente Françoise Sagan en 1984: “Entonces le grabé mis propias declaraciones [se refiere a la “Carta de amor a Jean-Paul Sartre”] –me llevó seis horas, tal era mi tartamudeo– y pegué una cinta adhesiva al casete para que lo reconociera al tacto. Después, me aseguré que escuchaba la cinta a veces cuando estaba solo en sus noches de depresión...”
 - 3 En todo los artículos y libros publicados para contar las intimidades de Sartre y el Castor durante sus últimos años, incluyendo lo que ella misma ha referido, es notorio ver el acoso a que ella lo tuvo sometido con todo tipo de reproches, regañíos, discusiones y hasta altercados serios y escenas públicas, como las que tuvieron por causa el último reportaje que concediera Sartre para *Le Nouvel Observateur* a Victor, pocos días antes de morir.

Alrededor de anécdotas como éstas se ha desatado una encendida polémica. Los unos no perdonan la divulgación de escenas que, aunque fueran verídicas, por lo íntimas y privadas debieron haber permanecido extrañas al conocimiento público. Otros piensan de manera más acorde con lo que pensaba Sartre, quien no hubiese aceptado que se arropasen con velos de gasa las tripas de su vida mundana.

Durante sus últimos años las personas más cercanas a él fueron todas mujeres, aparte de su secretario Pierre Victor, y casi todas ellas eran sus amores *contingentes*. ¡Cuántas mujeres no se cruzaron por la vida de este prestigioso escritor que se confesaba tranquilamente polígamo! De las mujeres decía que le gustaban las que eran *lindas* y que las prefería a los hombres porque le parecían menos cómicas (ya Lacan había sentenciado que el hombre era particularmente cómico); que tenían una sensibilidad más desarrollada⁴ y que sus conversaciones, fluidas y naturales, contrastaban con la pesadez del hombre, siempre preocupado por las ideas. Para complicarse la vida, un solo pensador basta y sobra, debió haber concluido cuando decidió que prefería la compañía de las mujeres.

Buscaba en ellas una atmósfera sentimental e intelectual bien equilibrada para que los encuentros sexuales no fueran degradantes para ninguna de las dos partes, y veía enriquecidas sus ideas cuando estaban tocadas por el manto de la sensibilidad femenina. Pero nunca renunció a su radical preferencia por las mujeres bellas. Cuando le preguntaron si alguna vez se había sentido atraído por una mujer fea, respondió tajantemente: si era real y completamente fea, no, nunca. Veía en la belleza femenina una manera natural de desarrollar su propia sensibilidad, y consideraba que la sensibilidad y la inteligencia eran paralelas en el ascendente desarrollo integral del ser humano. “Con los hombres, una vez que se ha hablado de política o de algo parecido –dijo en cierta ocasión–, gustosamente me callaría. Me parece que la presencia de un hombre durante dos horas en un día, aunque no vuelva a verle al día siguiente, es más que suficiente. Mientras que con una mujer esto puede durar todo el día y además continuar al día siguiente”.

Con todo, hay que reconocer, por encima de lo que diga Simone de Beauvoir, que fueron Victor y Arlette las personas más cercanas a él durante sus últimos años, y particularmente durante sus últimos meses.

4 “La sensibilidad y la inteligencia no están separadas... la sensibilidad produce inteligencia, o mejor dicho, también es inteligencia”. “Conversaciones con Jean-Paul Sartre”, Simone de Beauvoir.

La sagrada y la nueva familia

En el otoño de 1973 Sartre se enfrentó a la ceguera definitiva. Pierden entonces interés para él las agitaciones callejeras, los alborotos periódicos, el *Flaubert*, que de hecho abandona, la escritura, la lectura y hasta su propio aspecto personal.

Poco se inmiscuye en el arreglo de su último apartamento en el 29 del boulevard Edgar Quinet y naturalmente se desentiende de archivos, manuscritos y demás papeles. *Creí ver a un muerto*, le dice Raymond Aron a Claude Mauriac el 20 de junio de 1979, con ocasión de una conferencia de prensa en el hotel Lutecia relacionada con el Comité *Un barco para el Vietnam*. A los cuatro años había perdido su ojo derecho y a los sesenta y siete viene a perder el izquierdo. Aparte de la hipertensión y de la trombosis de una vena temporal, el diagnóstico fue preciso: excesos diversos, entre otros el alcohol, el tabaco, las drogas (coridrina, mezcalina, etc.). Comenzaban pues los años de la oscuridad física que vendrían a abatirlo, a debilitarlo, a hacerle decir: “Mi oficio de escritor está completamente destruido”. Con la ceguera se acumularán los males del cuerpo, las pérdidas de equilibrio, la mala circulación de la sangre, los dolores atroces en las piernas. Se necesita ser demasiado inteligente para padecer con lucidez semejante conjunto de males. Y es entonces cuando su carácter independiente y orgulloso se derrumba y cede. La dependencia física de Sartre es deplorable aunque se haya propuesto racionalizarla, dosificarla y soportarla estoicamente. Se destacan entonces en su vida los dos personajes que a punta de amor y lealtad, de constancia y sacrificio, de inteligencia y visión futurista habrían de disputarle a Simone de Beauvoir su privilegiado sitio: Pierre Victor y Arlette Elkaïm. Victor, su último interlocutor, el sucedáneo que escogiera él libremente y con el cual pensaba no solamente revitalizarse, prolongar sus *sueños de futuro*, preservar su proyecto, proyectarse en su propio pensamiento, era un joven filósofo judío nacido en El Cairo, militante maoísta que respondía al verdadero nombre de Benni-Lévi. Arlette Elkaïm-Sartre era nativa de Constantina, ciudad del nordeste de Argelia, también judía, a la que Sartre conoció en julio de 1956 cuando la joven preparaba el concurso de ingreso a la Escuela Normal Superior de Sèvres. Ella le había escrito hablándole de algunos trabajos escolares suyos sobre la filosofía sartriana y detallándole la reprimenda que por ello había recibido de parte de su profesor de filosofía. Esta audacia, sumada a las dotes intelectuales que él le viera y a su simpatía y personalidad, llevaron a Arlette a convertirse, el 18 de marzo de 1965,

en su hija adoptiva. Quizás Arlette, para lograrlo, supo hacer suya la sentencia de Sartre de que la existencia no es un regalo y que cada cual está obligado a legitimarla con sus actos. Ella y Victor conocían muy bien la filosofía sartriana del proyecto y lo hicieron a él, a Sartre, el suyo propio, habilitando con la compenetración que alcanzaron con el filósofo el derecho a ser reconocidos no sólo como sartrianos *puros*, sino también como sus dos últimos *compañeros de ruta*. La una como su *hija*, y el otro como su *amigo* y heredero intelectual.

Pero nada en esta vida nace o muere impunemente. En el entorno de Sartre, los celos y las incomprensiones, la discordia y la competencia afloran al tiempo que los dos personajes mencionados rodean al escritor con su afecto. La antigua familia sartriana reclama sus derechos pontificiales y se atrincheró en el Templo; crea el Alto Tribunal Sartriano que está representado en lo intelectual por Bost, Lanzmann y Pouillon y en lo sentimental por Simone de Beauvoir. Sin embargo, la nueva familia no se detiene. Así, Arlette le dice a Simone de Beauvoir: “Usted traicionó a Sartre ...y sería una cobardía de mi parte continuar callada. Yo hice lo posible por convertirme en sus ojos mientras usted no hizo nada para sentarse a su lado y, leyéndole punto por punto, le hiciera conocer aquello con lo que usted no estaba de acuerdo con él. Créame que él se sorprendió de que usted no hiciera nada...”, etcétera.

La ejecutora testamentaria de Sartre, su hija adoptiva, Arlette Elkaïm, no sólo estaba desplazando en los afectos a quien fuera su compañera durante 50 años, sino que repentinamente y en forma acusatoria, venía a erigirse como la detentadora de la verdad, al menos de la última verdad sartriana. ¿A cuál de las dos creerle? Pensamos que ni siquiera Sartre hubiera podido dirimir con justicia esa querrela. Pero también Victor, cuyos siete años como secretario y amigo íntimo le habían dado ciertos derechos —no todos gratuitos por cuanto se dice que llegó a conocer más a fondo la filosofía sartriana que el mismo Sartre, e incluso que condujo las últimas lecturas del filósofo—, acosado por insultos como el que le hiciera Goldmann de ser “un talmudista extraviado en el maoísmo”, o “el hombre de ninguna parte”, que dijera Maurice Clavel, o “la prótesis de naturaleza dudosa” según Pouillon, y que a sus 28 años tenía la desfachatez nunca vista de tutear a Sartre, debió responder que era lamentable que Simone de Beauvoir no hubiese comprendido que de su relación con Sartre dependía la supervivencia intelectual de éste.

Cuando Sartre conoció a Victor, éste se encontraba atravesando una difícil situación política. Era un apátrida sin documentos legales de ningún

país del mundo. Sartre resolvió engancharlo como su secretario y asignarle un sueldo que le permitiera aparecer ante las autoridades francesas como alguien a quien podía dársele una carta de estadía temporal. Pero con el tiempo fue tan grande la simpatía que sintió por Victor, que Sartre se dirigió al entonces Presidente de la República, Valéry Giscard d'Estaing, en una muy conmovida y antisartriana nota rogándole su intervención personal para que se le otorgara la naturalización francesa a su protegido. Entre otras cosas le decía: "...mi vista reducida hará que la lectura y la escritura me sean en adelante imposibles. Tengo por lo tanto necesidad de este muchacho para terminar mi obra. Él me ayudará a rematar mi Flaubert..." Giscard se apresuró a complacer al invidente filósofo. Ya De Gaulle había dicho en su hora que no se encarcelaba a Voltaire, cuando Sartre tuvo dificultades con la policía durante su gobierno; ahora Giscard advertía que no había favores imposibles si se trataba de Sartre, "un francés que con su pensamiento supo fecundar como ningún otro nuestro siglo".

En 1978 habría de comenzar el estallido de la crisis última de la gran familia sartriana. De pronto, Sartre no parece interesarse más en sus antiguos discípulos, toma sus distancias frente a Simone de Beauvoir, no quiere saber nada de *Les Temps Modernes* y públicamente se le ve feliz, productivo y sereno junto a sus dos nuevos discípulos. Sobrevive intelectualmente gracias a ellos, ve por sus ojos, ellos le leen y le informan, sus mentes juveniles sacuden la suya; Arlette le describe las imágenes de las películas en TV, lo lleva a pasear a la casa que ella tiene en el *Midi*; Víctor lo mantiene despierto a fuerza de apasionadas discusiones, lo conmina a que se repase y corrija, alimenta sus sueños de seguir escribiendo. Los dos jóvenes le hacen sentir que ellos prolongarán su proyecto. Él entonces comienza a hablar entusiasmado de su próximo libro que, desde luego, se hará a dos manos con Victor: *Poder y Libertad*. "Es para mí un libro sobre la política y la moral que quisiera ver terminado al final de mi vida", declara. Está radiante. No quiere que los celos de sus envejecidos primogénitos enturbien su dicha. Intenta aislarse un poco de las tensiones surgidas pero no lo logra. Está en medio de la jauría, impotente, a veces casi dócil. Y es entonces cuando uno imagina sus gestos confusos y su aire perplejo, tal vez encubriendo su resignación o su sabia paciencia. Cuando uno vislumbra su inexorable desconsuelo, no puede dejar de pensar que ello lo lleva a anhelar desde lo más hondo de su corazón *Una muerte muy dulce* (como la de la madre de la Beauvoir, según el libro que lleva ese título).

Un almuerzo sin palabras

Fue a raíz de una serie de reportajes que la antigua unión fervorosa de la familia sartriana se vio quebrantada. Luego de una gira de cuatro días por Israel en compañía de Arlette y Víctor, éste lo interroga y prepara un texto con tres reportajes que envía a *Le Nouvel Observateur*; en esos reportajes, Victor no sólo tutea a Sartre (como ni siquiera de Beauvoir llegó a hacerlo), sino que firma: Sartre-Victor. Según los *antiguos*, son reportajes llenos de conceptos débiles, ambiguos, contradictorios, una nueva filosofía *vaga y blanda* que Victor le atribuye a Sartre. “Lo arrastró a renegar de sí mismo”, afirma Simone de Beauvoir; “Arlette y Victor lo están manipulando”, añade.

Ese giro sorpresivo del pensamiento de Sartre no sería permitido por la familia. Se pone en acción una desafiante fuerza de presión destinada a impedir que los reportajes se publiquen. “Es lamentable”, le reclama airada Simone de Beauvoir a Sartre. “Déjalo, yo no le doy ninguna importancia”, afirma ella que le respondió él. Sin embargo, la lucha continúa por impedir la “catástrofe”, su publicación. Según parece, es en ese instante en que ella le dice que el texto es lamentable y él contesta que lo dejen de lado, cuando se produce la ruptura total y definitiva de los viejos amantes, dos meses antes de que el filósofo muera.

“En medio de toda la barahúnda —dice Jean Daniel, el responsable de *Le Nouvel Observateur*—, estaba a punto de llamar a Sartre en presencia de Horst; sin darme tiempo de que lo hiciera, el mismo Sartre me llamó. Su voz tenía una nitidez perfecta y hablaba con extrema autoridad: ‘Creo saber que usted está atormentado’, me dice, ‘yo sé que mis amigos han hecho su agosto. Soy yo, Sartre, quien le pide publicar ese texto, y publicarlo integralmente. Si usted por ningún motivo quisiera hacerlo, yo lo publicaré en otra parte, aunque le quedaré agradecido si es usted quien lo hace. Sé que mis amigos lo han prevenido, pero ellos se engañan. Lo que ocurre es que el itinerario de mi pensamiento se les escapa a todos, incluida el Castor’. Muy raras veces —continúa Jean Daniel— Sartre había sido tan nítido, tan preciso, tan dueño de su pensamiento y de sus palabras. De otra parte, cuando le dije que había un pequeño error en el texto y que yo estaba preocupado porque quería que fuera corregido por él, y le pregunté: ¿Tiene usted a mano el texto? Me respondió: ‘Lo tengo en la cabeza’. Y, en efecto, se lo sabía de memoria. ‘Cuento con usted’, me dijo para terminar”.

Pero no son Simone de Beauvoir y Victor quienes chocan en esta ocasión, como debió ser, teniendo en cuenta que ella le atribuía una abierta manipulación del pensamiento y la voluntad sartriana y que ya habían tenido un altercado con anterioridad. Son los ancianos e inseparables amantes: él le mostró los originales de la entrevista, lo que provocó en ella un desconcierto total, una verdadera consternación. Sobre los detalles de lo que nos atreveríamos a llamar la ruptura de la gran pareja mítica, cuenta Arlette Elkaïm Sartre, la más confiable y cercana de las fuentes: “Sartre no se encolerizaba nunca, era un hombre sólido que no se contrariaba por nada. Después de esta escena, y por primera vez, demostró una *inmensa* contrariedad. Anteriormente él jamás me habló de tensiones con el Castor; después de esta crisis, por primera vez, me dijo que no la comprendía; que luego de la lectura de las entrevistas, ella se había puesto furiosa; que había llorado y que había tirado, regándolos por toda la pieza, los textos de la entrevista. Que él quiso explicarle: ‘Pero hablemos de ello, Castor’, le dijo, pero que ella no había querido, no había podido hablar”. Sartre, según la versión de su biógrafa Annie Cohen-Solal, quedó profundamente turbado por esta evidente alteración de sus relaciones con Simone de Beauvoir. Y la biógrafa pregunta enseguida: *¿Sus profundos lazos pudieron restablecerse verdaderamente?* Esa pregunta sería resuelta negativamente por el mismo Sartre, según versión de Arlette: “Yo inclusive he almorzado con esas dos musas austeras [el Castor y su amiga Sylvie] y ni siquiera me dirigieron la palabra”.

Simone de Beauvoir, en *La Ceremonia de los adioses*, hace alusión a todo este asunto, pero se cuida de tocar a fondo su altercado con Sartre, limitándose a atacar a Victor y a Arlette: “Victor era apoyado por Arlette, que desconocía por completo la obra filosófica de Sartre y simpatizaba con las nuevas tendencias de Victor; estudiaban juntos el hebreo. Ante este acuerdo, a Sartre le faltó esa perspectiva que sólo habría podido conseguir con una lectura reflexiva y solitaria: así pues, se doblegaba...”

Su formidable humor debió encerrarse huraño y extrañado entre los pliegues de su corazón desconcertado. Pero esta obcecación es interpretada por Simone de Beauvoir, después de la muerte de Sartre, así: “Sartre se obstinó porque estábamos contra él; redobló su obstinación por debilidad... pensaba que yo no lo comprendía, creía que yo lo manipulaba, siendo que él era manipulado por Victor y Arlette, hacia la cual se había inclinado hábilmente después de la crisis de 1978. Estaba desgarrado por todo eso y no quería darse cuenta de la verdad... Sartre no delegaba en nadie la

pretensión de ser el futuro de Sartre, pero él ya no contaba con sus ojos, no tenía futuro y sabía muy bien que estaba condenado a muerte a muy corto plazo...”

Un muerto que tiene el inconveniente de manifestarse

Pero no podemos dar por terminado este episodio sin citar dos testimonios más. El primero, de Robert Gallimard, su invariable editor, quien afirma que Sartre le dijo por esos días: “Vamos, Robert, no vaya a ser usted como todos los demás, no vaya también a joderme. Dése cuenta: condenarme a nombre del sartrismo. Es para morir de risa”.

Y el segundo, con relación al asunto, de Arlette: “A él no le molestó tanto la crítica como la apropiación por el grupo de *Les Temps Modernes* de la verdad sartriana. Me dijo: ‘Me tratan como a un muerto que tiene el inconveniente de manifestarse...’ Él acababa de poner en tela de juicio el libro de Simone de Beauvoir, *Final de cuentas*, en donde ella hacía un balance de sus vidas...”

El inmenso Sartre que, como dijo alguien, ocupara su siglo como Voltaire y Hugo ocuparon cada uno el suyo, llegaría también a su final. Había dicho que quería que su muerte no entrara en su vida, que no la definiera, por cuanto él quería ser siempre un hombre *llamado a vivir*, pero no había previsto la anarquía y la soledad que le rondarían durante sus últimos días.

El 20 de marzo de 1980, mientras aparecían en *Le Nouvel Observateur* los famosos reportajes que amargarían la víspera de su definitivo descanso, bajo el título de *La esperanza ahora*, firmados por Benni Lévy, el verdadero nombre de Victor, Sartre es internado en el hospital Broussais. Aquella mañana, a las nueve, Simone de Beauvoir fue a su apartamento a despertarlo. Lo encontró sentado en el borde de la cama, semiparalizado, en medio de una atroz crisis que se repetía y que él había denominado en ocasión anterior *aerofagia*.

Llamaron de urgencia a los médicos y con máscara de oxígeno lo llevaron en ambulancia en estado de extrema gravedad. Eran aproximadamente las once de la mañana. Simone de Beauvoir confiesa que regresó al apartamento de Sartre, se arregló allí por última vez y se fue a cumplir un compromiso, una cita para almorzar con Jean Pouillon. Sartre grave, metido dentro de una ambulancia, atravesaba las calles de París bajo el ruido de las sirenas y ella no había indagado siquiera por el sitio donde sería recluido. Terminado el almuerzo, y luego de indagar por el nombre del hospital, se dirigió allí

en compañía de Pouillon. “Se encontraba en la sala de reanimación –cuenta ella después–, no estuve mucho tiempo allí... no quería hacer esperar a Pouillon...” El 21 por la tarde, los médicos le comunicaron que Sartre tenía un edema pulmonar y sufría de una alta fiebre alta que lo llevaba a delirar; que, además, la falta de irrigación en los pulmones lo tenía en estado de suma gravedad.

Después de una aparente mejoría, a los pocos días volvió a recaer y fue llevado de nuevo a la sala de reanimación. Como su vejiga funcionaba mal, le hicieron una desviación y, cuando se paraba a caminar, podía verse una bolsa de plástico con orina que colgaba de su entrepierna. Fue cuando por primera vez se habló de uremia. El doctor Housset le hizo una reflexión científica que interpretada por Simone de Beauvoir y vista hoy en perspectiva, no deja de ser polémica e históricamente controvertible. “Los médicos me explicaron después –dice ella– que los riñones ya no estaban irrigados, y por consiguiente ya no funcionaban. Sartre orinaba, pero no eliminaba la urea. Para salvar un riñón hubiera sido necesaria una operación, que no podía soportar; entonces sería en el cerebro donde la sangre no circularía correctamente, lo que provocaría la chochera. No había más solución que dejarlo morir en paz”.

La falta de circulación sanguínea hizo que la gangrena le invadiera el cuerpo y que las escaras o costras lo cubrieran todo y le dieran un aspecto repugnante; a ello se sumaba el sufrimiento por las constantes curaciones a que era sometido.

Las visitas se sucedían bajo el control riguroso de su hija adoptiva, Arlette. Victor fue avisado de urgencia en El Cairo, donde se encontraba por esos días preparando un reportaje para el *Corriere della Sera*, y cuenta que, cuando entró en la pieza, Sartre se despertó y le dijo: “Ah, Victor, vamos a mejorarnos pronto, tú sabes”.

Georges Michel asegura que las últimas palabras de Sartre fueron las que dirigió a Pouillon cuando éste le alcanzaba un vaso de agua: “La próxima vez que bebamos juntos será en mi casa, y con whisky”. Annie Cohen-Solal ratifica la anécdota pero como ocurrida “un día”, y Simone de Beauvoir, admitiendo la exactitud de las palabras dichas a Pouillon, niega que hubieran sido las últimas. Dice que un día Sartre le habló preocupado sobre los costos del entierro: “¿Cómo vamos a hacer para pagar los gastos del entierro?”, le habría dicho él, ansioso y contenido a la vez, a lo que ella se puso a explicarle lo de la Seguridad Social y a desviarlo de esa preocupación. Ya al otro día, –asegura ella– Sartre, con los ojos cerrados, la agarró de la

muñeca y le dijo las que habrían sido sus últimas palabras: “*Je vous aime beaucoup, mon petite Castor*”.

A lo largo de esta crónica hemos visto la versatilidad de Simone de Beauvoir en cuanto a la narración de esta historia. En fin, ningún relato histórico es refractario a interpretaciones y descripciones acomodaticias.

Un sitio tranquilo no lejos de Baudelaire

Habría que descubrir, entre líneas, los matices del humor de Simone de Beauvoir después de que Sartre le dijera que no más, que estaba harto de depender de su poderosa benevolencia, que él no estaba loco ni chocho, que tenía su mente lúcida y tenía derecho a dejar que su pensamiento evolucionara, así fuera por la razón de sus interminables diálogos con el joven maoísta Victor o por su postrera militancia callejera. El amor absorbente, caprichoso y dominante es una trampa. Fue quizás ese amor amargo el que hizo que ella contara los últimos diez años de Sartre como los contó y la llevó a tejer así, con espíritu casi infecto, el relato de su muerte. Veámoslo:

“El 14 de abril, cuando volví, dormía; se despertó y me dijo unas palabras sin abrir los ojos: después me ofreció la boca. Le besé en la boca, en la mejilla. Se durmió. Estas palabras, estos gestos, insólitos en él, se situaban evidentemente en la perspectiva de la muerte”.

“Housset (el doctor) me afirmó también que las contrariedades que había padecido no habían influido para nada en su estado; una crisis emocional violenta le habría ocasionado, quizá, en un momento dado, algunos efectos funestos pero, diluidos en el tiempo, las preocupaciones, los disgustos, no alteraron en absoluto la causa de la enfermedad...”

“El martes 15 de abril por la mañana, cuando pregunté, como de costumbre, si Sartre había dormido bien, la enfermera me respondió: ‘Sí, pero...’; fui enseguida al hospital. Dormía, respirando con bastante dificultad; visiblemente estaba en coma desde la noche anterior. Durante unas horas, me quedé allí mirándolo. Hacia las seis dejé el sitio a Arlette, diciéndole que me llamara si ocurría cualquier cosa. A las nueve sonó el teléfono. “Se terminó”. Fui con Sylvie. Se parecía a sí mismo, pero ya no respiraba. Sylvie avisó a Lanzmann, a Bost, a Pouillon, a Horst, que vinieron enseguida. Se nos autorizó a permanecer en la habitación hasta las cinco de la mañana. Rogué a Sylvie que fuera a buscar whisky y estuvimos bebiendo y charlando... En un momento dado, rogué que me dejaran sola con Sartre y quise tenderme a su lado, bajo las sábanas. Una enfermera me detuvo: ‘No, cuidado...la gangrena’. Entonces comprendí

la verdadera naturaleza de sus escaras. Me acosté sobre la sábana y dormí un poco. A las cinco entraron unos enfermeros. Cubrieron el cuerpo de Sartre con una sábana y una especie de funda y se lo llevaron”.

“Fui a casa de Lanzmann a terminar la noche y también pasé allí la del miércoles. Los días siguientes me alojé en casa de Sylvie... Lanzmann, Bost y Sylvie se ocupaban de todas las formalidades... El viernes comí con Bost y quise volver a ver a Sartre antes del entierro. Trajeron a Sartre en un ataúd, vestido con el traje que Sylvie le había comprado para ir a la Ópera; era el único traje que tenía en mi casa y ella no había querido subir a la casa de Sartre para buscar otro. Estaba sereno, como todos los muertos, y como la mayoría de ellos, inexpresivo. El sábado por la mañana nos reunimos en el anfiteatro... unos hombres cubrieron con la sábana el rostro de Sartre, cerraron el ataúd y se lo llevaron... Un inmenso gentío nos seguía: cerca de cincuenta mil personas... Cuando me bajé del coche, el ataúd estaba ya en el fondo de la fosa. Pedí una silla y permanecí sentada al borde de la fosa... Me encontré en casa de Lanzmann con algunos amigos... Fuimos todos a cenar a Zeyer, en un salón particular... No me acuerdo de nada. Dicen que bebí mucho, que fue necesario ayudarme a bajar las escaleras... El miércoles por la mañana tuvo lugar la incineración en el cementerio de Père-Lachaise, pero me encontraba demasiado agotada para ir... Las cenizas de Sartre fueron trasladadas al cementerio de Montparnasse... Hay una cuestión que en realidad no me he planteado y el lector quizás lo haga: ¿No debería haber prevenido a Sartre de la inminencia de su muerte...?”

Hasta aquí la historia de Simone de Beauvoir. Lanzmann, Bost y Pouillon, incómodos en estos días por el remezón familiar tenido con Victor y Arlette, van pues a encargarse de los *pequeños detalles* del entierro. En el cementerio de Montparnasse los atiende su director. Ya Sartre había dicho que quería ser incinerado y que, sobre todo, quería escapar al lugar que le habían reservado en el cementerio del Père-Lachaise, al lado de su madre y su padrastro. El director del cementerio les ofrece una tumba entrando a la izquierda, provisional, con la promesa de que después el cuerpo será trasladado definitivamente al primer corredor de la derecha. “Ustedes verán –les dice–, es un sitio muy tranquilo y no está muy lejos de Baudelaire. De otra parte, si no recuerdo mal, Sartre había escrito un libro sobre Baudelaire, ¿no es cierto?” Todo un señor, el director. Todavía, inclinándose un poco hacia el oído de Pouillon, con un gesto circunspecto, le susurra: “Yo sabía muy bien que él vendría donde nosotros”.

El presidente de Francia, Giscard d'Estaing, después de lamentar la muerte del gran escritor que él llamó “una de las grandes luces de la inteligencia de

nuestro tiempo”, recordó: “Jean-Paul Sartre rechazaba todos los honores. No conviene por lo tanto que el homenaje del presidente de la República parezca contradictorio a su escogencia íntima”. Con ello entendía que debía abstenerse de unos funerales oficiales, pero reclamó el privilegio de una visita suya al hospital para rendir un homenaje personal al filósofo. “El 6 de mayo de 1985 –dice Giscard d’Estaing narrando sus impresiones– llegué al hospital. El director me esperaba para saludarme; después di vuelta a la izquierda y debajo de un cobertizo encontré el féretro de Sartre junto a otro ataúd. Me quedé allí durante una hora. Nadie más vino. En la parte de afuera había mucha agitación de parte de la prensa. Y yo estaba ahí, solo, recogido delante del féretro de Sartre, debajo de un cobertizo banal y anónimo. Al salir, pensé que a Sartre le hubiera gustado este homenaje sin ostentación del primer personaje del Estado”.

Aquél sábado 19 de abril de 1980, a las dos de la tarde, el cortejo fúnebre comienza su largo y lento recorrido de tres kilómetros bajo un cielo grisáceo. La tumultuosa muchedumbre, de la que se dijera que había sido la última manifestación del 68, atraviesa las perplejas y mudas alamedas parisienses. Desde la terraza del sartriano café *La Coupole*, en Montparnasse, próximo al cementerio y a su apartamento, los *garçons* inclinan reverentes sus cabezas ante los despojos mortales del hombrecito ciego, torpe y generoso que durante los últimos años les prodigó visitas y propinas.

Pero como si la parábola sartriana hubiese sido superior a la inteligencia y al amor de sus amigos, nadie lo despidió con la palabra, él que había despedido a tantos, que erguido sobre sus tumbas había despedido a Camus, Merleau-Ponty, Nizan, Gide, Togliatti, Fanon...

Una tarde brumosa del otoño de 1974, en París, Jean-Paul Sartre, velados sus ojos por la ceguera pero con aquel mismo espíritu crítico y lúcido y libre que lo convirtiera en la más alta conciencia de su siglo, le dijo a Simone de Beauvoir: “...la muerte, sin embargo, no me causa miedo y me parece natural. Natural en oposición al conjunto de mi vida que ha sido cultural. En última instancia, es la vuelta a la naturaleza y la afirmación de que yo era naturaleza... Escribí. Eso fue lo esencial en mi vida”.









Yo quisiera tener un bello entierro: tal fue la frase dicha alguna vez por el joven Sartre con ánimo literario. Ese deseo se cumplió, tal vez en exceso. El sábado 19 de abril de 1980, en las horas de la tarde, más de cincuenta mil personas se congregaron en el cementerio del Montparnasse. Hubo tumultos, gritos, peleas. Un hombre cayó en la fosa, sobre el sarcófago. Verdaderamente bello y no menos impresionante había sido el recorrido de tres kilómetros camino al cementerio, pasando por “lugares sartrianos” como el restaurante La Coupole, en cuyas puertas los meseros se inclinaron al paso del cortejo. El pueblo, volcado en masa, pareció entender que, con Sartre, estaba enterrando el poder del intelectual, toda una época del mundo –ejemplarizada por Francia– en que el pensamiento había tenido un lugar y un peso reconocidos en la vida de la sociedad.